

Stefan Rinke, *Geschichte Lateinamerikas. Von den frühesten Kulturen bis zur Gegenwart*. München: C. H. Beck Verlag 2010. 129 páginas

El trabajo se configura en nueve partes ilustradas por cuatro mapas, a las que siguen como apéndice una tabla de datos, una breve bibliografía general y un índice onomástico. Valiéndose de un estricto orden cronológico, el autor asigna ocho periodos a estas partes, de las que tres se sitúan a partir de la consolidación de los Estados nacionales alrededor del año 1830, y dedica la última a los retos de la nueva globalización. Aclara que esta manera de presentación de su abrumador objeto se debe a una decisión heurística, rechaza toda clase de teleología u otras construcciones de una necesidad histórica a posteriori y, pese al espacio limitado, se propone a resaltar la particularidad de cada una de las diversas culturas y sus logros y fracasos en adaptarse a las circunstancias de su época.

Por tanto, este breviario pretende menos dar a conocer descubrimientos nuevos o perspectivas alternativas que, más bien, señalar los rasgos principales de la ciencia histórica fundamentados en una selección de datos significativos, de acuerdo al estado actual de la ciencia.

La unificación e imposición de una sola lengua fueron unos de los instrumentos más eficientes en el proceso de la instalación de los grandes imperios antes de la llegada de los conquistadores europeos. A su vez, estos imperios cuentan con una milenaria historia aún muy poco investigada. Soborno, asesinato y explotación desconsiderada de rivalidades y conflictos sociales dentro de los vastos imperios son la clave para el entendimiento de su rápido derrocamiento. Por otra parte, debido a sus estructuras homogéneas con extensa cobertura, se mostraron mucho más vulnerables que las unidades descentralizadas capaces de defenderse mediante tácticas guerrilleras. Lo demuestra la comparación entre los destinos de los grandes imperios y, por ejemplo, los actuales territorios de Colombia y de Brasil. Cabe resaltar que el autor siempre intenta tener en cuenta el desarrollo tanto en la hispanófono como en la lusófono región del subcontinente. Para él, la ejecución del inca Túpac Amaru en 1572 es el acto simbólico de la victoriosa conquista al que sigue la época de su consolidación. El autor resume el saber sobre la catástrofe demográfica a partir de la conquista europea; la presentación de datos del desarrollo demográfico hace parte de la metodología de todo el ensayo.

Las insurrecciones, muy diferentes entre si, hacia el fin de la era colonial, de las protestas criollas a las sangrientas revueltas de artesanos e indígenas, son brevemente resumidas como presagios de las guerras de la independencia del primer tercio del siglo decimonónico. No obstante, el autor no deja de aclarar que sus reivindicaciones no fueron atendidas atinadamente ni por las cúpulas del movimiento independista durante las campañas contra el poder Real ni por los nuevos Estados nacionales así que éstos, desde sus fundaciones, llevaron su mayor debilidad dentro del enfrentamiento bélico, que según el autor fue la carente integración de indígenas y participantes de las anteriores protestas sociales, a la época de su afianzamiento como grandes potenciales conflictivos persistentes. Mientras que los intereses de los criollos se centraron en más libertad económica y menos ataduras mercantilistas, la población pauperizada rural y los indígenas requirieron tierra y protección del ámbito de su vida. Frente a su efectiva exclusión de la plasmación de los nuevos Estados, el uso de emblemas autóctonos e indígenas en torno de las guerras resultó meramente simbólico y decorativo.

La interdependencia entre Europa y América se hace aún más evidente en el desarrollo de la separación de las colonias de las metrópolis, así que las historias americana y europea en el siglo XIX serán entendidas únicamente desde la perspectiva del espacio atlántico. Rinke denomina la primera de sus tres postindependistas “Constitución de Estados e integración en el mercado global”. Traza las líneas de los orígenes de las jóvenes repúblicas hasta su actual papel de suministradores de materia prima altamente endeudados. Los determinantes sociales fueron el cambio estructural de una marcada población rural a la explosión de las grandes urbes junto a su triplicación a partir del segundo tercio del siglo XX que conllevó una fuerte agudización de los enfrentamientos sociales.

Por otra parte, los intentos de pasos propios hacia la modernidad al final del siglo XIX hasta los años veinte con sus reorganizaciones económicas y con sus corrientes liberal y positivista que inspiraban reformas del sector social, laboral y educativo, no cambiaron la extrema concentración del poder político basado en una repartición oligopolista del patrimonio. La globalización de Latinoamérica como actor político también, en torno de la primera guerra mundial, fue marcada desde sus inicios por la hegemonía de los EEUU.

El último periodo está comprendido entre el final de la segunda guerra mundial y 1990 y continúa siendo caracterizado por la proliferación de las urbes, lejos de ser capaces de absorber las masas en busca de oportunidades. Mientras que las doctrinas económicas estatales de corte proteccionista no consiguieron sus objetivos, debido a la carente competitividad y a los faltantes mercados regionales entre muchos más factores, el sector informal y el empobrecimiento crecieron a diario. En esta penúltima parte del libro, se busca brindar una vista panorámica de la dinámica entre las tomas de poder por parte de las clases subordinadas, las reacciones de la antigua clase poderosa y los diversos recursos empleados por EEUU para ayudar su restitución en el poder. Al mencionar los casos, en orden cronológico, de Bolivia, Guatemala, Cuba, Chile y Nicaragua y, por extensión general, de México, se hace un análisis dialéctico de los inmensos problemas del manejo del poder alcanzado por los movimientos sociales. Mientras que unos se convirtieron en regímenes autoritarios en pos de defensa de privilegios, en otros países se impuso la dogmática adopción de principios neoliberales, en muchos casos bajo sangrientas dictaduras militares.

Rinke identifica el aporte de las constituciones de los nuevos Estados independientes, en las que están establecidos los derechos del ciudadano, en el hecho de que siempre discreparon de la realidad, marcada por inequidad, exclusión y conflictos regionales y particulares. De esta manera, aprovisionaron criterios de crítica y legitimaron protestas. Se hubiera podido destacar aun más la íntegra debilidad del Estado que nunca fue capaz de garantizar dichos derechos para los ciudadanos. Varios gobiernos, que fueron elegidos en la última década y que solamente pudieron ser mencionados en el libro, mas no analizados, perciben la precaria institucionalidad como su reto principal para el cambio. Del sistema colonial, los nuevos Estados independientes heredaron la ausencia de la integración horizontal de los sectores económicos (cuyo tejido antiguo había sido destruido por los conquistadores). En importantes áreas, jamás se desarrolló una fabricación masiva de elementos básicos de producción. El interés de aumentar el papel estatal como ente inversor y regulador mantenido por algunos gobiernos recién elegidos, se tiene que considerar ante esta historia.

Los aspectos culturales podían ser abordados solo en segundo rango, dadas las prioridades del ensayo aclaradas en su introducción. Se informa sobre la importancia de la Iglesia, tanto su función de justificar regímenes autoritarios como cuna de corrientes de rebelión a partir de su compromiso social. Lo híbrido caracteriza muchas manifestaciones artísticas provenientes de Latinoamérica que derivaron de lo mestizo una calidad que, en aras de lo moderno, se opone a

cualquier restricción purista y así retoma el discurso del mestizaje. Dentro de la periodización escogida, el compendio logra brindarle al lector una vista conjunta muy útil de la historia de Latinoamérica. En futuro, la conciencia de sus habitantes indígenas podrá proponer otra periodización. Con su enfoque heurístico, el libro de Stefan Rinke está abierto a posibles cambios de paradigma venideros.

Jochen Plötz